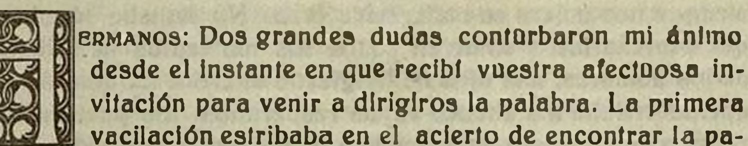


La Teosofía ante la política actual

Conferencia I del Dr. Brioude dada en el Centro Republicano de Ayamonte



HERMANOS: Dos grandes dudas conturbaron mi ánimo desde el instante en que recibí vuestra afectuosa invitación para venir a dirigiros la palabra. La primera vacilación estribaba en el acierto de encontrar la palabra justa con que saludaros. Al salir de Sevilla pensé en dirigirme a vosotros con el nombre de *correligionarios*, pero el culto a la verdad me impedía hacer uso de tal designación para quienes no prefesábamos una religión determinada capaz de agrupar bajo dicha expresión a sus fieles. Además, esa palabra significaba separatividad, y yo no vengo a hablaros para separar a los hombres, sino para unirlos; tenía, pues, que ser mi saludo expresión fiel de mis sentimientos, y creí encontrar la clave en ese espíritu patrio que late en todos nosotros y más aún en estos instantes de angustia nacional. Españoles, había de llamaros, como hijos de una misma patria, sin diferencia alguna en las ideas; españoles, al fin sabríamos vibrar ante los mismos transcendentales problemas.

... Pero acercábame a este encantado rincón de España y las brisas otoñales traíanme con la suave fragancia de vuestra tierra reminiscencias de la melancólica poesía de la vecina república lusitana. Portugal estaba ante mi vista separada por los hombres, no por la Naturaleza, del espíritu ibero y más allá, mucho más lejos, pero siempre cerca del corazón, latían otras almas hermanas en la América española que, sobre el inmenso piélago del

mar, enviaban sus constantes pensamientos a la madre Patria. Y ante aquella presencia y ante este recuerdo me pareció mezquino el simple título de una nación determinada por grande que fuese, cuando mi espíritu volaba sobre las fronteras para abarcar en íntima comunión a todos los hombres.

A los humanos, a los hombres en general, debía dirigirme, y así lo decidía cuando en unión de algunos de vosotros paseaba contemplando a orillas del Guadiana el retorno de la pesca... Caía la tarde en la placidez de un día templado. Las barcas pescadoras con sus velas henchidas y luminosas, rápidas luchaban por llegar antes al puerto; en las lanchas se apretaban los robustos luchadores que habían conquistado numerosas riquezas del mar; sucios, mojados, medio desnudos, casi hambrientos, trabajaban y luchaban por el bien común. En el puerto esperábamos gozar del fruto recogido, los más favorecidos tal vez, pero no siempre los más merecedores. Y ante aquella nueva barrera que separaba a los hombres en categorías, una vez rotas la fronteras de nacionalidades, era preciso un concepto que nos igualara y para siempre nos uniera en indisoluble lazo. No hallaba término con que expresarme, y como en todos los momentos de tribulación de los hombres, mis ojos se dirigieron al cielo. El mar de zafiro apenas rielaba los últimos rayos vespertinos, los pueblecillos lusitanos de la ribera se despedían de las aguas dormidas y, en la paz de la tarde, el sol ya en su ocaso, lanzaba una postrera oleada de amor sobre todo lo existente, sin distinción de bondad, de belleza o de poder. Aquella oleada del sol, la sintió también mi espíritu emocionado, y al transmitirla a todos mis semejantes, vi claramente en el astro rey, nuestro padre, la palabra con que debía dirigirme a vosotros; sólo una palabra podía unir a los hombres, esa es la que os he dirigido al comenzar a hablaros y la que repito de nuevo con toda la intensidad de un sentimiento íntimo que quisiera compatir con todos; hermanos os dige al principio y de nuevo os saludo, ¡hermanos!

—

La segunda vacilación de mi ánimo era referente al tema que debía desarrollar. ¿De qué podía yo hablaros que fuese digno de vuestro interés? Me indicásteis que os interesaba todo lo referente a política y como en cualquier actuación que realice no puedo olvidar mi pura cepa teosófica, he creído lo más apropósito conversar un rato sobre «la teosofía ante la política actual.» Pero antes de nada hemos de definir nuestro concepto político y lo que es teosofía.

Para los teósofos, el tiempo tiene una importancia muy relativa, nuestro concepto de la inmortalidad del hombre nos permite el lujo de medir a grandes rasgos las grandes transformaciones y evoluciones de la humanidad. Asi es que para saber cómo entendemos la política, nos vamos a remontar nada menos que a las primitivas razas que florecieron en nuestro planeta.

Los hombres primitivos eran incapaces de guiarse por sí solos; semejantes a rebaños humanos, necesibaban de un pastor, guía o conductor, señor absoluto que los dirigiese y les facilitase los medios de vida.

Algunos seres, que en una anterior humanidad llegaron a un elevado estado de perfección, fueron los encargados de dirigir a la humanidad naciente, ora como monarcas absolutos, ora como instructores religiosos, sacerdotes, guerreros, etc.

Pero al llegar a este punto me veo obligado a abrir un paréntesis, pues si no la duda asaltará vuestro espíritu hablándoos sin razonar de la posibilidad de universos anteriores y de humanidades anteriores a la nuestra.

Dice la física que la materia ni se crea ni se anonada: lo mismo puede decirse de la enercía; pero ambas se transforman constantemente. Condensación y volatilización son dos fases de un mismo proceso que hallaremos en todos los aspectos del Universo. Los planetas, los soles, los mundos se condensan y vienen a la existencia física, o se subliman y pasan a otro género de existencia más sutil, pero por lo menos tan real como la que conocemos por nuestros sentidos.

Si esta copa de agua vuelta hacia abajo sigue conteniendo agua líquida, mientras no se altere la temperatura ambiente, bastará una elevación térmica para que el agua se volatice y en forma de vapor no impresione igualmente a nuestros sentidos: no obstante, el descenso de temperatura, por ejemplo, el contacto con la pared de cristal bastará para la liquidación del agua que pasará otra vez a su primitivo estado. Del mismo modo pueden desaparecer los planetas, los soles y los mundos, bajo la inmensa copa invertida de un Universo, cuando cambian las condiciones exteriores, sin que por eso dejen de volver a su primitivo estado cuando ha llegado el instante del despertar. Trabajo y reposo, sueño y vigilia son los dos aspectos constantes de cuanto existe.

Lo que es posible para los mundos, ¿por qué no ha de serlo para el hombre?

Sin embargo, como la Teosofía no impone dogmas, si os parece preferible que los directores de las primitivas civilizaciones fueron los que con vertiginosa evolución se perfeccionaron en su

única y breve existencia, aceptemos la suposición, puesto que lo único innegable es que dicha diferencia existía y que unos hombres muy perfectos dirigían los designios de una inmensa muchedumbre de seres semihumanos. En aquella época, sea coma fuese, no cabía más idea política que la del absolutismo y la teocracia.

La monarquía era electiva y generalmente quien ocupaba el trono era por todos conceptos digno de tan honroso cargo, preocupándose tan sólo por el bienestar de sus súbditos y por el florecimiento de su pueblo. La selección natural hacía que los hijos de los reyes fuesen los más aptos para gobernar al pueblo. pero en ciertos casos no era así y el hijo del rey, no tenía derecho alguno a ocupar el trono, sino en tanto fuera el más apto de los súbditos.

Cuando el primer rey antepuso el bienestar de su familia al de la nación sobrevino el primer conflicto, la primera desigualdad y la primera desdicha en el Gobierno de los pueblos. La monarquía fué forzosamente hereditaria, y desde ese momento constituyó una transgresión a la evolución normal. Cierto es que los reyes de este segundo período no eran ya los Grandes Seres que dirigían la humanidad primitiva, sino hombres poco más evolucionados que el resto de su pueblo, como lo demostraba el propio espíritu egoista que reivindicaba el poder para los suyos.

El pueblo, por su parte, cada vez más conocedor de los resortes del poder, entabló lucha abierta contra el autoritarismo de quienes sin tener las virtudes de los Grandes Reyes primitivos querían poseer idéntico prestigio. De aqui provino más tarde una especie de pacto entre la realeza y el pueblo, un consorcio especial que se llamó monarquía constitucional, en la cual la realeza se veía obligada a ceder en su absolutismo con tal de mantenerse en un grado de aspecto semejante de poderío y el pueblo aceptaba al jerarca con su monarquía hereditaria a cambio de ciertas libertades.

Ese aspecto inestable del poder se ha ido resolviendo de dos maneras; o bien el pueblo ha ido emancipándose con las reformas llamadas democráticas y la monarquía ha pasado a ser figura decorativa, o bien ésta ha mantenido más firme sus antiguos fueros, lo cual ha obligado al pueblo a una más rápida y violenta transformación, implantando en vez de la monarquía una nueva forma de gobierno, la República.

La República constituye un paso más en la evolución de los pueblos, pero no es, ni puede ser su finalidad. Insistiré en este punto por hallarme en un Centro republicano, donde seguramente

hay quien espera de la República la solución de todos los problema nacionales. En realidad, la República solo resuelve un transcendental pero único problema, y es el de sustituir el poder hereditario por el electivo. Todas las demás reformas caben en un régimen monárquico democrático, si se quieren realizar, y la mayor parte de las necesidades sociales no hallarán su florecimiento ni en monarquías ni en repúblicas, sino en la cooperación social.

El Socialismo vela en las avanzadas de la izquierda para que los problemas de la alimentación y de la vida física se resuelvan satisfactoriamente. Toda nueva República tendrá que ir guiada por el espíritu socialista para regir a los pueblos, de acuerdo con el momento evolutivo.

Pero tampoco podemos pararnos en el Socialismo, que como todo sistema de Gobierno tiene sus defectos esenciales. El Socialismo digno del mayor respeto en cuanto tiende a elevar el nivel del obrero y reivindicar el justo pago de su producción, debe ser refutado en cuanto signifique lucha de clases, deseos de venganza y odio a la burguesía. No podemos olvidar nunca, ni por un instante siquiera que la fraternidad no es un mito o una vana palabra oratoria, sino una realidad inconcusa y que no podemos triunfar en ninguna idea mientras se mantengan sentimientos de odio, de represalias o siquiera de separatividad, incluso para nuestros actuales explotadores o verdugos. ¿Qué encontraremos, pues, más allá del Socialismo? Entramos en el terreno de la anarquía.

La Anarquía, bello ideal si se mantuviera en la pureza de la simple imaginación, es un procedimiento utópico por el hecho de basarse en un precepto falso. Los hombres son y «no son» iguales. Son iguales en esencia, pero no en potencia. Miraos unos a otros, contemplaos un instante y vereis como hallais la desigualdad en todo cuanto existe, porque en esa infinita variedad estriba la harmonía del Universo. Sin embargo, no sólo somos iguales sino que somos «Uno», pero ese uno de cuya esencia somos, no ha evolucionado igualmente en todos nosotros, y por eso justamente, aquellos que marchan más deprisa han de volver sobre sus pasos, retrasando la liberación final, para ayudar a los rezagados, a los humildes, a los menesterosos, a aquellos que no han podido aprender las lecciones de la vida y necesitan de una mano fraternal que se tienda para facilitarles el ascenso, para aquellos necesitados de una voz que apartándoles de los abrojos del camino les diga:—Venid, hermanos, por la senda del bien y de la rectitud. Yo he sufrido la experiencia de buscar sólo la

ciencia fría y egoista o los placeres extenuantes y vacíos, mis manos y mis pies han sangrado en las zarzas del camino, apartaos de éstos peligros y seguid como niños ingenuos el camino de la sana moral; ese es el atajo para llegar más pronto y mejor, en esa senda, hermanos, mis brazos os esperan!

Pero suponer el mismo grado de perfección en todos es una premisa falsa y, por lo tanto, el anarquismo no puede pasar de la utopia. Supongamos que por un momento sucediese lo que en Rusia, Austria y otros países va sucediendo; siempre habrá un hombre que se impondrá a los demás por su talento, por su inteligencia, por sus intrigas o por su influencia magnética personal, y este por un lado, y otros por diferentes caminos volverán a constituir grupos, secciones, ejércitos o mesnadas; algo, en fin, de donde se elegirá un supremo director que por eterna ironía del destino, al reunir las condiciones de más sabio, más valeroso, más inteligente y elegido por todos vendrá a ser lo que fué hace miles de años el comienzo de los grandes imperios de la tierra... y, sin embargo, habremos progresado, sino que el secreto de nuestro progreso está en que no seguimos la línea recta, ni la parábola, ni el círculo siquiera, sino una línea espiral que es el símbolo verdadero de la evolución de nuestro Universo. Espirales, dentro de espirales es todo el arcano de la vida y ello lo vemos en el girar de la luna alrededor de la tierra que no está quieta; de ésta alrededor del sol que también sigue su movimiento de traslación, de éste, en su inmensa trayectoria y de todos cuantos movimientos circulares intentemos. Espirales, sí, dentro de espirales es también nuestra evolución personal, así como la de las razas, y por eso aunque volvamos al estado patriarcal primitivo habremos progresado considerablemente, pues aquello que realizamos inconscientes, lo realizaremos en lo futuro en plena consciencia de que para obtener la mayor harmonía debemos obrar de acuerdo con las leyes de Dios en el Universo.

Así, pues, no podemos defender la supremacía esencial de un sistema de Gobierno sobre los demás, ni considerar una política superior a otra, Todo depende del momento evolutivo y lo que puede ser beneficioso para un país y en una época determinada, puede ser perjudicial para otro. Debemos ser oportunistas para intervenir siempre a favor del próximo adelanto que cada país requiere.

Y así fijado el concepto que tenemos de política, veamos lo que se entiende por Teosofía:

La Teosofía es el conocimiento arcaico base de todas las cien-

cias y religiones, presentado bajo un nuevo aspecto en consonancia con las necesidades espirituales del momento.

Aquellos elevados seres a quienes nos referíamos anteriormente como guías de la humanidad actual, vigilan constantemente desde sus ignorados retiros la marcha de la civilización, y de vez en cuando, próximamente cada siglo, suelen dar un mayor impulso a la evolución normal de los hombres, lanzando nuevos aspectos de la sabiduría arcaica. Esfuerzos semejantes fueron en la edad media y contemporánea el nacimiento de la Orden Rosa +. de los alquimistas, de la filosofía de Roger Bacón y del mismo movimiento filosófico de la revolución francesa, revolución que si bien para muchos de vosotros fué un acto o suceso triunfal, bajo el punto de vista oculto debemos considerarlo como un semifracaso, puesto que la idea primitiva consistió en llegar a resolver todos los problemas allí planteados sin recurrir al derramamiento de sangre.

Oleadas semejantes han sido recientemente otros movimientos filosóficos y, entre ellos, el tan discutido espiritismo, origen de un importante cambio de frente en las modernas teorías de la ciencia.

Había llegado la ciencia en los albores del pasado siglo a tal estado de materialismo que negaba en absoluto cuanto no fuese perceptible por nuestros sentidos físicos. En estas condiciones sólo podía llamar la atención de los investigadores honrados aquellos fenómenos que se realizasen en el plano material. El hecho físico tangible de que un simple velador se elevase en el aire tenía más fuerza de convencimiento que todos los razonamientos filosóficos. Desgraciadamente, la reacción de la antigua incredulidad se manifestó en esos grupos espiritistas que ante el más sencillo fenómeno físico veían la intervención de lo maravilloso y sobrenatural. Pero también hubo otros grupos de estudios que más prudentes y sensatos dieron motivo a que los principales investigadores de la época se convencieran de la realidad de los fenómenos y evolucionaran al campo espiritista. Ahí tenemos como ejemplos indubitables a Ochorowiz, en Rusia: a William Crookes, en Inglaterra; a Lombroso, en Italia; a Richet, Flammarión, de Rochas y tantos otros en Francia, fundadores científicos de la nueva escuela.

En realidad, los abusos de los veladores parlantes contribuyeron al rápido desprestigio de la nueva doctrina, que, sin embargo, cumplió su misión, despertando el interés de los hombre hacia los estudios del más alla de la muerte.

El nuevo siglo tenía que traer también a los hombres una nue-

va pauta de progreso y revelar algo más del misterio de la existencia. Entonces fué cuando Helena Petrowna Blavatsky en unión de Olcott, fundaron la Sociedad Teosófica, siempre bajo la dirección de los constantes guías del progreso humano.

El mensaje de la Sociedad Teosófica era una labor de síntesis de todos los conocimientos dispersos y de todas aquellas religiones que olvidando sus orígenes se consideraban como enemigas, el credo de la Sociedad Teosófica es tan solo la fraternidad universal, y su nueva enseñanza, conocer las fuerzas y poderes latentes en el hombre y en la Nsturaleza, poderes mal estudiados o desconocidos hasta el día.

Sin embargo, para aceptar la idea fundamental de la Sociedad Teosófica sólo hace falta estar conforme en formar un núcleo de fraterаidad universal sin diferencia de clase, creencia, raza, sexo ni color. Lo demás es de gran utilidad, pero no es necesario en absoluto para pertenecer a la nueva escuela.

Desarrollar en el hombre el sentimiento de la fraternidad, conseguir que se sienta vivir en cada uno de sus semejantes, hacer que germine el sentimiento de la Unidad si es necesario para progresar en el actual momento evolutivo es la base de la Teosofía que hace hincapié en este sentimiento fraternal y lo antepone a todo otro mérito o virtud.

Por eso la Teosofía no puede hablar al hombre de sus derechos como hasta aquí se ha hecho, sino de sus deberes, por eso tiene que ser mirada con prevención, pues en vez de halagar a las multitudes hablándoles de fáciles mejoras a costa de los demás, tiene que predicarle la doctrina del deber y no puede admitir que ningún hombre se erija en conductor, gobernante o inductor de los demás, mientras no cumpla sus elementales deberes de hombre honrado y mientras en su hogar queden obligaciones por cumplir.

No puede hablarle al obrero incitándole a que reclame sus derechos, sin decirle antes que puesta la mano en el pecho considere si hace buen uso de lo que hasta el día ha conseguido y aunque naturalmente estas ideas causen de momento cierto malestar en nuestro atavismo egoista es muy posible que cuando compareis en la paz de un momento de soledad los brillantes periodos oratorios de los tribunos que habeis escuchado (1) y estas sencillas frases que con toda naturalidad os dirijo, es posible, repito que veais una diferencia esencial entre unos y otro y com-

(Esta conferencia fué la penúltima de una serie a la que fueron iuvitados diferentes oradores de Madrid y Sevilla.

prendais quien era aquel que os hablaba con la más pura intención, sin interés mezquino, sin aspiraciones personales, sin deseos siquiera de triunfos oratorios ni de proselitismo, sino con el único objeto de ayudar de algún modo a aquellos que tenían hambre y sed de justicia.

Pero no quiero cansar más tiempo vuestra atención y he de limitarme a deciros que ni la república a que aspirais, ni la federación de naciones resolverá el problema económico, ni el espiritual. Para el primero es necesario que se establezca un fraternal consorcio entre el capital y el trabajo, es preciso que no se busque la igualdad tirando del que esté arriba para que caiga también, sino elevando constantemente al que está abajo para que a su vez pueda gozar de las ventajas que anhelaba.

Para el segundo problema, para el espiritual, solo pueden dar un rayo de luz las escuelas filosóficas que no aspiren al proselitismo considerándose las mejores o las únicas portadoras de la verdad.

Por eso la Teosofía, que nada os pide, os aconseja tan sólo que sigais el camino que os marca la sana moral para el conocimiento de sí mismo. No os indica camino determinado, sino el que os sea más fácil, pero sí os recomienda la sinceridad y la buena fe. Sed consecuentes con vosotros y no alardeis de ideas científicas o religiosas que solo existan en vuestros labios y no en vuestro corazón.

El secreto infantil y excelso de la vida estriba tan sólo en ser buenos, y esto que parece una ingenuidad es, sin embargo, el único arcano de la suprema sabiduría.

La norma de conducta a seguir la hallareis por vosotros mismos en cuanto os tomeis el trabajo de meditar vuestras acciones diarias, puesto que entonces se dejará oir vuestro eterno conductor y compañero, vuestro infalible guía, vuestro único juez, piedra de toque de vuestras acciones, voz lejana que poco a poco se hace distinta y clara como luminosa chispa de vuestra interna deidad. Ese infalible maestro que jamás os abandonará, se llama Consciencia. Y yo os digo que por encima de todos los bienes de la tierra, riquezas, placeres u honores, existe una dicha inefable, un supremo deleite, un goce purísimo que se manifiesta en el hombre por la emoción más sublime y que experimenta tan solo aquel que ha sabido cumplir con su deber de acuerdo con su Consciencia.

—

(Conferencia dada el día 25 de Noviembre de 1918. —Extracto tomado al oido.—Duró la Conferencia hablada una hora y veinticinco minutos.)

La visión del pintor.

España está de luto y con ella la humanidad. Ha muerto José Villegas.

Villegas era un pintor genial; pero él estimaba que el genio no es un *don* de la Naturaleza. A sus ojos el genio es un *préstamo* que la Naturaleza concede a sus elegidos, a la condición de que se sirvan de él para realzar el nivel moral del género humano. Por tal motivo, cuando a fuerza de perseverancia y de privaciones (pues sus comienzos fueron más que modestos), descubrió los misterios de la técnica y llegó a infundir a su pincel la vida creadora de que él estaba impregnado, abandonó los surcos trazados por los que sólo ven en la pintura el arte de copiar servilmente la materia, y se lanzó resueltamente a la conquista de su ideal, que consistía en fijar sobre el lienzo el alma de las cosas y de los seres, y hasta las ideas y los conceptos más abstractos.

Cuando en 1899 fué España despojada sin motivo de su dominio colonial, Villegas sintió una gran indignación como ciudadano español. Pero como ciudadano de esa gran patria que se llama la Humanidad, su alma experimentó honda amargura.

***

Era una hermosa tarde del mes de Junio. El Sol iluminaba la Ciudad Eterna con sus últimos rayos, haciendo resaltar sobre un fondo purpúreo las cúpulas de las iglesias cristianas y las ruinas de los templos paganos, símbolos mudos de dos corrientes espirituales, salidas del mismo tronco, y que divididas momentáneamente, acabarán por unirse cuando los hombres hayan abierto su corazón a la luz divina.

Sentado ante su mesa de trabajo, con la cabeza apoyada en sus manos, Villegas meditaba. Se decía a sí mismo, que para que una nación grande y joven como los Estados Unidos, que no se había batido aún más que por su independencia, y que pretendía ir a la cabeza de la civilización, se hubiese rebajado al nivel de los pueblos de rapiña, sin que atrajera sobre sí la reprobación universal, era preciso que la humanidad estuviese realmente sumergida en las tinieblas y que hubiese perdido la noción de la Ley.

Apenas ese último pensamiento se había formulado en su espíritu, cuando vió ante sí un torbellino de luz que se elevaba a una altura vertiginosa. Aquel torbellino le atrajo con fuerza irresisti-

ble, y pronto, identificado con aquella luz, perdió de vista nuestro planeta, que le pareció imposible de distinguir de los otros orbes evolucionando en la bóveda celeste. Lejos de sentirse aturdido por ese transporte, experimentó una sensación de indecible bienestar, que se convirtió en éxtasis cuando alcanzó el plan divino, ese plan en que la Fe se confunde con el Conocimiento, en que la Piedad se funde en la Justicia, y el Amor en el Castigo, para llegar, como río que en el mar desemboca, a LA LEY; poder divino que abraza amorosamente toda la Creación y a la cual ni el átomo ni los dioses pueden escapar; a esa Ley que condiciona las afinidades del mineral y la germinación de la semilla, que se convierte en instinto en el animal y que, en el hombre, se llama conciencia.

Villegas sintió entonces una piedad inmensa por los hombres y, dejándose llevar por su amor al género humano, exclamó en alta voz y conmovido· «¡Pobres hermanos míos, que vegetais en las tinieblas; despertad a la luz! ¡Elevad vuestras pasiones al nivel de vuestra conciencia, y os convertireis en dioses!»

Un silencio glacial acogió sus palabras. Ni el eco mismo de su voz llegó a sus oídos.

Invocando entonces al Eterno, le suplicó humildemente que le concediese la inspiración creadora que le permitiría traer a la humanidad al camino del deber. ¡Infundiré yo a mi pincel, dijo Villegas, la fe intensa que me anima y que triunfará, estoy seguro, de la inercia de los hombres!

Apenas acababa de formular esta plegaria, cuando vió adelantar hacia él un divino mensajero cuya expresión se parecía de un modo extraño a la de un ángel que la víspera había abocetado en uno de sus lienzos. Hablando en nombre del Creador, este ángel le dijo: «Bella es tu alma y noble su objetivo; pero para llevar a cabo la obra que te has impuesto, sería preciso un Dios de cuerpo puro y sutil. Tu envoltura humana es demasiado tosca para poder vibrar al unísono con tu ideal. Tus fuerzas te harán traición; y sucumbirás esta vez antes de alcanzar la tierra prometida; aunque si estás decidido firmemente a proseguir tu noble ideal sin desfallecer, si aceptas el sufrimiento con alegría, y hasta el mismo martirio, realizarás tu fin cuando, purificado por el dolor, desciendas de nuevo a la tierra. ¿Aceptas la prueba?»

—Sí—contestó con voz firme.

—Entonces, cúmplase tu destino. ¡Adelante! Ponte al trabajo sin tardar. Yo seré tu inspiración. Seré tu fe, seré tu dolor, y cuando la muerte cierre las ventanas de tu prisión carnal, te esperaré en el humbral para recogerte en mis brazos.

Aún resonaba en su corazón esa divina música, cuando se sintió levantar por invisibles brazos qûe le posaran dulcemente en ûn rayo de luz a lo largo del cual se dejó deslizar lentamente sin experimentar, por otra parte, el menor asombro. Así le fué permitido vivir la historia de la hûmanidad, grabada para siempre en la luz astral, en la cual se sumergía cada vez más a medida que descendía hacia la tierra. Le chocó mucho el notar que tras períodos tenebrosos y a intervalos casi regulares, la historia de la hûmanidad se iluminaba con un resplandor deslumbrante. Eran los períodos que coincidían con la aparición de ûn Gran Instructor, Rama, Krishna, Hermes, se le presentaron sucesivamente, y comprendió entonces lo que habrán sido para el género humano esas tres antorchas de divina luz. Luego, de repente, sobrecogido por indecible emoción, detuvo su vuelo para contemplar mejor el espectáculo que se ofrecía a su vista Allá abajo, en la cumbre de un monte, sobre un fondo púrpura y oro, se destacaba la figura radiante del más grande Legislador.

A sus pies, el pueblo de Israel esperaba, recogido, el mensaje de Dios. Elevando entonces los brazos hacia el Cielo, Moisés le presentó con un gesto magestuoso las tablas de la Ley, de las que emergían en letras de fuego, los diez mandamientos divinos.

***

Villegas abrió lentamente los ojos, que miraron durante largo tiempo a su alrededor, sin llegar a sitûarse en el espacio. De repente se levantó y se dirigió con paso decidido hacia un rincón de su estudio en que se encontraban, adosados al muro, sus últimos bocetos, visiones fugaces de seres y de cosas cuyas formas había aprisionado, en espera de infundirlas vida. El primer lienzo que se le presentó fué el que representaba al ángel que había abocetado la víspera. Era el mismo, sin duda; y al contemplar su sonrisa volvió a vivir en un segundo su visión deslumbradora.

En lo sucesivo, su vida estaba perfectamente trazada. Nuevo Moisés, volvería a dar él la Ley a los hombres; pero en lugar de grabarla en la piedra inerte, la vivificaría con la magia de su pincel y daría una forma humana a los diez mandamientos divinos, haciéndolos más accesibles al hombre.

Enseguida puso manos a la obra. Pero no tardó en percatarse de que la labor que había emprendido era superior a las fuerzas humanas y más aún teniendo que expresar por la imagen mandamientos negativos, como lo son la mayor parte de los que constituyen el Decálogo.

Entonces se entabló una lucha titánica entre sus fuerzas físicas

y su voluntad indomable, lucha desigual por desgracia, en la que el cuerpo debía necesariamente sucumbir. La conciencia de su impotencia para que su cuerpo vibrase al unísono con su espíritu, produjo en Villegas una depresión nerviosa vecina de la neurastenia, que puso en peligro sus días. Llamados los médicos a la cabecera del enfermo se dieron pronto cuenta de que la causa verdadera del mal era el esfuerzo sobrehumano a que Villegas habrá sometido su cerebro durante mucho tiempo. Era, pues, preciso suprimir la causa del mal a toda costa. ¿Pero cómo hacer reposar aquel pobre cerebro enfermo en ebullición, sin la colaboración del paciente, en lo sucesivo incapaz de hacer acto de voluntad? Sólo un cambio radical podía realizar el milagro.

Vacante en este intermedio la Dirección del Museo Nacional del Prado, el Rey de España que supo cual era la situación, se apresuró a ofrecérsela a Villegas.

Sangraba el corazón de nuestro artista a la idea de abandonar para siempre su estudio de Roma, que había sido testigo de sus sueños, de sus luchas y de sus triunfos; y aquella casa, transformada por él en palacio árabe, que, durante muchos años había cobijado su felicidad. Cediendo empero a instancias de los que le rodeaban y recordando su solemne promesa, encontró, en medio de su turbación, la energía necesaria para aceptar la regia proposición, aunque se diese cuenta de que al hacerlo así, rompía definitivamente con el pasado, del que en lo sucesivo quedaría separado por un muro infranqueable.

Sus nuevas ocupaciones le absorbieron hasta tal punto que durante bastantes meses no pudo ocuparse del «Decálogo».

Esto le salvó. Su naturaleza física recobró poco a poco su equilibrio, y cuando terminó la organización del Museo, Villegas pudo de nuevo considerarse en condiciones de llevar a cabo su obra.

Cuando el día previsto, Villegas se volvió a encontrar frente a frente con su musa en su hermoso estudio del Museo, cuya entrada había prohibido rigurosamente a todos los importunos, no pudo impedir un sentimiento de angustia ante la idea de que quizá iba a sucumbir de nuevo en la lucha, y ahora definitivamente. Así pues, cual no sería su sorpresa al descubrir que durante aquellos meses de reposo mental, su subconsciente no había descansado y que, por el contrario, había empleado aquel tiempo en preparar la trama de la obra. Ocurría que en cuanto se concentraba sobre el asunto de cada cuadro, veía, proyectados sobre el lienzo, seres y cosas cuyo conjunto constituía una interpretación del mandamiento que trataba de representar, conjunto que estaba por otro

lado en perfecta harmonía con su propia concepción, y que ya no tenía que hacer más que fijarlo en el lienzo,

Sería, sin embargo, conocer mal a nuestro artista el creer que esta primera interpretación le satisficiese durante mucho tiempo. Pero, en todo caso, el esfuerzo creador que amenazaba a su equilibrio físico, ya se había realizado. Lo único que tenía que hacer era perfeccionar su obra.

A este trabajo consagró quince años de su vida, durante los cuales se puede decir que lo rehizo unas diez veces, juzgando en cierta ocasión, que lo obra sería incompleta si no fuese precedida por un prefacio y seguida por una conclusión, agregó a los diez mandamientos un prólogo y un epílogo, simbolizando el nacimiento y la muerte, para incorporar así en el Decálogo todo un ciclo de vida humana.

Por fin, en 1915 terminó su obra, que fué expuesta primero en Madrid y luego en Sevilla, su ciudad natal. Cientos de miles de personas desfilaron ante sus admirables lienzos; la prensa se llenó de elogios ditirámbicos; las autoridades le felicitaron en todos los tonos, la Iglesia cantó sus excelsitudes y preconizó la adquisición del Decálogo. Pero esa adquisición no fué realizada ni por la Iglesia, ni por el Estado, ni por los particulares, pues aquellos que hubieran podido realizarla no habían comprendido evidentemente el alcance de la idea directriz del artista.

Villegas había soñado mucho tiempo con ver su arte consagrado en Francia, país que adoraba. Pensó entonces en exponer su obra en París, ciudad que él llamaba «cerebro del Mundo». Se acababa de crear una asociación *Les amis des artistes*, para sostener y dar ánimos a los desdichados artistas alcanzados por la guerra. Villegas ofreció a sus directores el exponer en París el Decálogo en beneficio de la Asociación. De este modo la obra de Villegas fué expuesta en el Juego de Pelota de las Tullerías, en la primavera de 1916.

Francia luchaba entonces por su existencia Acababa de rechazar en Verdún el asalto más formidable que haya registrado la Historia Por esto, el público, ya poco numeroso por la ausencia de los combatientes, y que iba más bien a los templos que a las exposiciones, no acudió en masa Sin embargo, la opinión pública hizo a Villegas una acogida de las más simpáticas. Fué recibido muy amistosamente por el presidente de la República que le conocía hacía tiempo, como entusiasta de Francia, y recibió numerosos testimonios de afecto de los representantes del pensamiento francés. Por fin, encontró un generoso Mecenas que ofreció adquirir sus cuadros para donarlos a Francia. Pero habiendo

expedido al mediodía las obras de arte, para ponerlas al abrigo del invasor, las autoridades no creyeron sin duda deber asumir, en tal momento, tan gran responsabilidad, y el asunto quedó en suspenso y no pasó adelante.

*
* *

Terminada la exposición, los cuadros volvieron a su patria, a ocupar su sitio en el estudio del artista, en el Museo del Prado, mientras Villegas reanudaba sus funciones. Desgraciadamente, la vista de su obra, de aquella obra admirable en que había puesto su inspiración, su entusiasmo, su misma vida; de aquella obra que debía regenerar al hombre, pero que el hombre no había comprendido, se le había hecho insoportable. En adelante, se sentía incapaz de emprender una nueva tarea; y cuando, no pudiendo permanecer inactivo, comenzaba un nuevo trabajo, dejaba que su pincel marchase sobre el lienzo mientras sus pensamientos se elevaban hacia la fuente de toda luz, dejando a su dueño presa de un profundo descorazonamiento. Un día llegó a pensar—como Moisés enojado y rompiendo las tablas de la Ley—en destruir su Decálogo. Afortunadamente, su esposa admirable y los numerosos amigos que le querían, lograron disuadirle de ello, aunque juzgó preferible hacer desaparecer la obra de su estudio para sustraer a su vista aquella fuente constante de amargura.

¿Fué peor el remedio que la enfermedad? Nadie puede decirlo. En todo caso lo cierto es que, a partir de ese momento, su taller, que había sido para él manantial de gozo, de vida y de inspiración, le pareció triste y solitario, como una casa soleada mucho tiempo por la presencia de un niño, después que la ha dejado para ir a su última morada.

Su visión de antaño que durante mucho tiempo había iluminado su alma, no la iluminaba ya más que con pálido reflejo. La desgracia, que se acercaba a grandes pasos, proyectaba su sombra ante sí, obscureciendo a su vista, como la sombra de la luna eclipsa el sol, el brillo deslumbrador de la divina luz.

*
* *

Atacado un día por fiebre muy alta, tuvo que acostarse. ¡Al día siguiente, estaba ciego!

Si la privación de luz es considerada por todo ser humano como el más cruel de los castigos, ¿quien podrá imaginarse lo que debió ser para un pintor de genio como Villegas, para quien la palabra *vida* era sinónima de *luz*?

Cuando hubo él medido el alcance de su infortunio, experimen-

tó un sentimiento indefinible de angustia. Se sentía como resto de naufragio que va a la deriva en pleno Oceano enmedio de la noche profunda. Oprimido su corazón por la angustia, exclamó: «Dios mío, ¿es esta la prueba suprema?» Entonces oyó una dulce melodía, cuyas notas, apenas surgidas, se transformaban en estrellas que quedaban suspendidas en el espacio. Después, del fondo de aquel firmamento estrellado, vió surgir, con su vista interna, a su ángel protector con rostro radiante y los brazos extendidos amorosamente hacia él. Habiendo querido el pintor precipitarse en ellos, se sintió retenido por una fuerza invencible y entonces comprendió que la distancia que le separaba del divino mensajero señalaba el recorrido que debía efectuar aún sobre la tierra, hasta haber cumplido su misión.

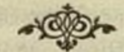
A partir de aquel momento, apenas si tocó el suelo con sus pies. La sonrisa no abandonó sus labios y él fué quien consoló a los que le rodeaban consternados. Vivió aún tres años más, difundiendo a su alrededor la alegría y la luz, él, cuyos ojos no habían de ver más el sol. Y luego, el día señalado por el Destino, rompiendo los muros de su prisión carnal, su alma radiante se elevó hacia su Creador, como la mariposa, obedeciendo a la atracción irresistible de la luz, desgarra su capullo inerte y emprende el vuelo hacia el cielo azulado.



El cuerpo de Villegas descansa en paz en su país natal, bajo el hermoso cielo de Andalucía. Pero su alma bella ha ido a unirse con las de los héroes innumerable de la Gran Guerra que dieron gozosamente su vida por una noble causa y que no tardarán en volver a la tierra para realizar, con fuerzas nueva, el ideal al que sacrificaron su existencia.

LIONEL HAUSER.

(Traducción de Julio Garrido *La Revue Contemporaine*, 58, Boulevard de Montparnasse.—París VI), expresamente para Zanoni.



Sobre Educación

Desconozco el asunto «Educación», pero le concedo grandísima importancia. Entiendo que el maestro de escuela es como el Director de orquesta: si no enseña bien su papel a cada uno de los ejecutantes, resultan luego desacordes imposibles de escuchar; mientras que si instruye bien a cada uno por separado, el conjunto después resulta armonioso y bello. Si el maestro es el factor principal en la formación del niño que mañana será el gobernante, el obrero, el capitalista, el sacerdote, el maestro, etc.; ¿qué papel más importante en la Nación que el que contribuye tan directamente a la regeneración o degeneración de sus individuos?

¿Cómo, si el maestro supiese educar y educase el corazón del niño, futuro gobernante, al propio tiempo que su inteligencia', llegarían a tanto los desarreglos en el cumplimiento de nuestras leyes?

El niño que después será obrero, ¿no reconocería mucho mejor sus obligaciones, el punto en que debe cococarse, sin quedarse rezagado ni sobrepasar de lo justo, si tuviese una educación más completa? Hasta entonces no se le podría exigir con razón el cumplimiento de sus deberes.

El niño que luego será capitalista o que lo es desde el nacer, ¿no sería más grande, más hermoso, más digno, si tuviese un corazón educado en la nobleza, reconociendo que el obrero le ayuda a mantener o aumentar su capital y portándose de modo que su conciencia no tuviera que amargarle en ningún momento de su vida, ni siquiera en el de la muerte, la felicidad que el dinero le proporciona?

El sacerdote, ¿no sería bien que durante su educación fuese escrupulosamente observado por profesores competentísimos a fin de que llegasen a serlo únicamente los que reúnen las excepcionales dotes indispensables para cumplir gozosamente su delicada misión y poder mantener el importantísimo papel de la Religión a la altura que le corresponde?

El niño que después será maestro de escuela, que tendrá entre sus manos una parte tan grande del porvenir de la Nación, ¿no debería ser escrupulosamente instruído y educado y bien probada su capacidad para cargo de tanta responsabilidad por tribuna-

les competentes y justos, antes de permitírsele poner colegio? Y después, ¿no debería estar largamente retribuído y honrado por todos con eptos a fin de que pudieran aspirar a ello hombres de valía y encontraran en cambio de sus grandes trabajos y desvelos un vivir desahogado y agradable?

El maestro de escuela es el factor principal en la Nación, porque él trae en sí al nacer el germen de su carácter, pero este es después grandemente modificado por el medio ambiente: el medio ambiente del niño lo forman principalmente la escuela y la casa de sus padres, pero sus padres tienen que haber sido primero educados por el maestro.

Por tanto, ¿no sería empezar por el principio, concederles y exigirles más a los maestros de escuela? Veo ya algo hecho sobre este asunto de algún tiempo a esta parte: así, mis palabras no representan censura para nadie, sino un anhelo grande de que este asunto entre en un período de actividad en que cada persona que le interese exponga clara y abiertamente sus opiniones, con ánimo no de molestar, sino de ayudar: que los amigos de la prensa, conocedores de la importancia capital de la cuestión, pongan de su parte lo mucho que pueden y que de entre los llamados a hacerse eco de estas palabras, se vayan destacando los de buena voluntad y haciendo cada uno en la medida de sus fuerzas, vayan cooperando de algún modo a llevar a la práctica la regeneración de nuestra Patria, por la regeneración de la educación.

¡Maestros de buena voluntad! ¡Por vosotros suspiran inconscientemente los corazanes del pueblo! Todos los rasgos de impureza, de barbarie, de egoismo, que veis a vuestro alrededor, son suspiros del alma por una educación de buena ley.

Y nadie encontrará nunca labor más meritoria, más sagrada que cumplir, que la de enseñar el bien. Y el bien es todo lo bueno: todo lo útil: todo lo bello.

En el vasto plan de la evolución, todos los pueblos, las razas todas, tienen sus períodos de decaimiento y de resurgimiento. Nuestros días, serían los mejores, para iniciar un nuevo impulso en el despertar educativo de España.

Ninguna tarea más digna, ninguna labor más justa, ninguna obra daría mayor nombre, mayor gloria: porque la gloria, la verdadera gloria, es para los buenos, y de entre todos los buenos, quizás sean los mejores los que enseñan o contribuyen a enseñar al que no sabe.

Me guardaré muy bien de decir que esto es cosa fácil. Es un cambio muy grande para ser sencillo. Pero tampoco diré que es imposible, porque ¿qué se opondrá a la voluntad del hombre?

Si la conciencia nos dice que es un paso preciso, ya, en el grado de evolución presente, tengamos voluntad para darlo, aunque cueste un esfuerzo prolongado. Nuestra satisfacción será después tan grande como justa.

MANUEL GÓMEZ.
(De Rama Fraternidad).

Siete pensamientos de Lope de Vega

Amor mío; que bien digiste que eras camino, pues para llegar a tí hay que ir por tí.

—

Mi Dios: a muchos ignorantes he oído hablar sabiamente de tí y a muchos sabios, con ignorancia.

—

Satisfacción mía: Mientras no lo dejé todo por tí no te tuve a tí, porque tu señorío no admite compañía.

—

Qué bien se ve, mi Jesús, que eres mar de amor, pues nunca te hallan mejor los ojos que siendo ríos.

—

Cuando te tengo en mi pecho, Cristo mío, me imagino crisol que en fin es tierra, amor el fuego, tú el oro y mi bajeza la escoria.

—

Ni en la mar agitada pueden reposar la aves, ni tú en el corazón inquuieto.

—

Ni amores como a tí, ni esperanza como en tí, ni vida como de tí, ni muerte como por tí.

Estrella de Oriente

Para don Rafael Fernández que de forma tan significativa tuvo conocimiento de estos versos.

Estrella de Oriente, de las arenas blancas
y las nubes de incienso.. Lámpara de ilusión...
Madrigal que floreces la senda,
con los lirios sin hojas de la imaginación...

Estrella de Oriente, hermana de la aurora,
rosa con luz de luna, novicia del amor,
te han besado los besos de las alma sin mácula,
te han amado los pechos y has encarnado en Dios.

Por los caminos vírgenes del Ensueño, iluminas
los palacios de oro y las islas de fronda,
y los caballos blancos de los conquistadores
y las fuentes que mecen a la luna sus ondas.

Ven conmigo esta noche como vas a los niños,
Estrella de Oriente, de las arenas blancas.
y unge en la Eucaristía de tu ilusión, mi frente,
y haz renacer el ritmo del triunfo en mis alas.

A las estrellas abre mi corazón y en ellas.
que tiemble la emoción de mi palabra;
y sea todo paz y dulzura en mi pecho.
que sangra en sus heridas el hielo de mi alma.

Ven conmigo esta noche como vas a los niños,
Estrella de Oriente. y con tus Reyes Magos,
tráeme blandas venturas y calor y contento
y esperanza en la frente y besos en mi labio.

Besos para la vida que no quiso quererme,
para la senda oscura de mi dolor sin flores;
para que haya en mis manos las brasas de un anheio
y en mi parque interior un vuelo de temblores.

Ven conmigo esta noche como vas a los niños,
Estrella de Oriente, de las arenas blancas,
que ya mis brazos gimen y me pesan a muerto
y clavadas de espinas, me punzan las sandalias.

ADOLFO CARRETERO.

A caza del plesiosaurio, animal antediluviano

Un despacho de Buenos Aires da cuenta de haberse organizado por el profesor Onelli, director del Jardín Zoológico de aquella capital, una expedición que marchará a Patagonia en busca del plesiosaurio, animal antediluviano cuya especie se creía extinguida. Sin embargo, afirman haber visto ejemplares vivos del monstruo en el territorio de Santa Cruz (Patagonia) el gobernador de aquella región, el señor Lista en 1890 y últimamente, un inglés en Chubut, también en Patagonia.

Todos están conformes en describir al animal como un monstruo enorme, recubierto de pelo rojizo y protegido, además, por placas córneas, contra las cuales no hacen efecto los balas de los fusiles Remington.

Animales semejantes han sido vistos también en el lago Blanco, Nangum (Argentina), en 1892. Los colonos establecidos en aquella región refieren haber oído rugidos extraños, procedentes del lago, y, al aventurarse a averiguar la causa, vieron un animal enorme que nadaba rápidamente, elevando alternativamente el cuello y la cola a gran altura sobre el agua.

El plesiosaurio, en efecto, era un reptil marino, de enormes dimensiones, que en la época jurásica vivió en Europa y en América; tenía el cuerpo semejante al de un cocodrilo, con el cuello enormemente largo y cuatro extremidades desarrolladas en forma de paletas, merced a las cuales nadaba prodigiosamente.

El profesor Onelli no está seguro de que el monstruo visto últimamente sea precisamente el plesiosaurio; pero no duda de la existencia de un animal muy parecido, y por eso ha organizado la expedición, que va dirigida por el señor Frers, ingeniero al servicio del Departamento de Agricultura.

La expedición va provista de vapores automóviles, con provisiones para el caso de que se capture algún ejemplar, que será transportado vivo a ser posible, a Buenos Aires.

Sección de Noticias

Orden de la Estrella de Oriente.

Primera lista de cantidades recibidas para nuestros hermanos rusos:

Valencia: D. B. Bohorques, 30 pesetas.—**Madrid:** D. M. J. Alcorta, 5; don L. Velázquez, 2; don R. Diez, 5; don E. Brockmann, 5; doña E. del Pozo, 0'50; doña María del Pilar, 1; doña J. Armisén, 10; doña D. Taboada, 10; «C. de Oro», 5; don V. Guinea, 5; don I. Miguel, 5; don P. del Pilar, 1; Hermanas de Agüirre, 5; doña M. Malasaña, 2; doña H. Gil, 9'50; una hermana, 5, doña C. González, 1; C. Masonería, 15; señorita H. Delamard, 30; doña J. Borillo, 5; doña T. García e hija, 5 y en la reunión extraordinaria de 11 de Abril, 29'20.—**Alicante:** D. L. Giner, 5.—**Vigo:** Don F. Jiménez, 40.—**Bilbao:** Grupo de la «C. de Oro», 11; Grupos de futuros C. T. R., 10; don Carlos García, 25; don Carlos García y Comp.ª, 7; doña S. y C. Nieto, 5; doña C. y M. Salazar, 5; señorita A. Machaín, 25; don B. y M. Monforte, 5; doña D. Apraiz, 2'50; don J. Aubiña, 2'50; don T. y doña M. Sagarminaga, 5; doña F. Benenciano, 2'50; doña Perseveranda García, 2; don Jose E. de Lecertúa, 10; don A. Santamaría, 2'50; don V. Ugena, 20; don José María Fariña, 25, y doña F. Juarez, 2.—**Toledo:** Grupo O. E. O., 40.—**Málaga:** don José Palma y miembros, 56'74.—**Barcelona:** M. S. T. Rama Arjuna, 218'50, y M. O. E. O., 64. Total, 775'45.

Remitidas 200 pesetas el día 11 de Abril en una Letra sobre el Credit Lyonnais, de Ginebra (Suiza), a la señora Anna Kamensky, Secretario General de la S. T. en Rusia, refugiada en dicho país, y remitidas otras 500 pesetas más, en la misma forma que la precedente, el día 22 de Abril.

La señora A. Kamensky ha acusado recepción de estos dos envíos, agradecidísima por tales socorros, de los que ha enviado la mayor parte a nuestros hermanos que han quedado desamparados en Rusia, y a otros hermanos enfermos, refugiados en Checoeslovaquia.

C. Guyardo.

*
* *

Hemos recibido las Revistas: «Constancia», de Buenos Aires; «Revista Teosófica», de la Habana, y «Espirita de Madrid», con las cuales gustosos establecemos el cambio.

*
* *

Actualmente se están celebrando numerosas conferencias teosóficas en Norte América, a cargo del prestigioso orador señor Wadia, que ha tenido un gran éxito entre los elementos universitarios de aquella república.

También ha sido invitado para una serie de Conferencias, en Inglaterra, el culto teósofo italiano señor Marcault, catedrático de la Universidad de Pisa y del Instituto de Florencia. Es muy conveniente este intercambio universitario, y esperamos que España no vaya a la zaga e invite a otras naciones a dichas conferencias, puesto que también en nuestro país hay elementos de gran cultura, capaces de llevar a otras regiones las enseñanzas teosóficas.

*
* *

Constituída la Federación Europea de la S. T. han sido elegidos: Presidente, Mr. H. Baillie-Weaver, y Secretario, Mr. Arthur Burgess, siendo el domicilio oficial en Londres, 3 Wpper Woburn Place w. c. 1.

*
* *

Son múchas las quejas que nos llegan de los suscriptores que no reciben sus números Lamentamos estas deficiencias del correo y no podemos hacer más que enviar los números que les falten a los suscriptores que nos lo indiquen.

*
* *

Hemos sabido un hecho de la mayor repulsa. Hace días circulaba por Sevilla un hombre con aspecto de andarín, que no teniendo donde descansar por la noche, reclinó la cabeza sobre un banco de la Plaza Nueva, quedándose dormido. Un guardia de servicio en aquel lugar le despertó dándole una serie de sablazos tremendos. Los transeuntes indignados se avalanzaron al guardia y lo desarmaron, mientras el pobre hombre, cuyo aspecto era completamente inofensivo, salió corriendo para evitar mayores males.

En la Plaza del Duque halló amparo y refugio entre los coche-

ros qüe le atendieron con verdadero sentimiento de parternidad, y el guardia de aquella plaza, le aseguró qüe no tenía nada que temer de él.

Pues bien; a este hombre bueno le han trasladado y el salvaje de los golpes sigue gozando de impunidad.

Ante el señor Alcalde protestamos de este suceso y exigimos en nombre de la justicia y de la humanidad que se dé a cada cual lo que se merece.

El guardia humanitario que durante varios días protegió al desgraciado se llama José Pérez García, núm. 137, y es merecedor por todos conceptos de la estimación de los sevillanos.

Del otro... más vale no saber quien es.



SATYAT NASTI PARHO DHARMA

(No hay religión más elevada que la verdad).